

Servei de Documentació:
« Pablo y la comunidad de Corinto.
Una invitación en momentos de pandèmia »



Servei de Documentació

Unió de Religiosos de Catalunya • Centre de Vida Religiosa i Espiritualitat

Plaça d'Urquinaona, 11, 2n 2a (08010 Barcelona) Tel. 93 302 43 67 sec.general@urc.cat - urc.info@gmail.com

Autor	P. Tarcisio Gaitán	294
Títol	Pablo y la comunidad de Corinto. Una invitación en momentos de pandemia	
Font	Revista CLAR. Año LVIII. Edición especial 2020. Claves hermenéuticas para enfrentar la pandemia en defensa de la vida	
Publicat	12 de maig de 2020	

PABLO Y LA COMUNIDAD DE Corinto.

UNA INVITACIÓN EN MOMENTOS DE PANDEMIA

TARCISIO GAITÁN

Religioso pasionista colombiano, docente de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Miembro del ETAP (equipo de teólogos/os asesoras/es de la presidencia de la CLAR).



PABLO Y LA COMUNIDAD DE Corinto

Una invitación en momentos de PANdemia

Tarcisio Gaitán

Religioso pasionista colombiano, docente de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Miembro del ETAP (equipo de teólogos/os asesoras/es de la presidencia de la CLAR).

*Es hora de descender al subsuelo...
Descender al subsuelo, y pasar de la sociedad hipervirtualizada,
sin carne, a la carne sufriente del pobre.
Es una conversión que tenemos que hacer.
Y si no empezamos por ahí, la conversión no va a andar.*

(Papa Francisco)

Resumen:

En este artículo se brindan algunas luces que aporta la correspondencia de Pablo con la comunidad de Corinto. Los escritos de Pablo presentan a Cristo Crucificado como clave configuradora de la realidad total de la Iglesia. En la incertidumbre generada por la pandemia del Covid-19, ese mensaje sigue siendo actual para la Vida Religiosa. Nuestra profecía nace de la capacidad que tengamos ahora de hacer presente la paradoja de la Cruz: en un crucificado en las afueras de la ciudad se manifestó de modo inesperado el Dios que da vida y dignidad a toda la humanidad, empezando por las víctimas.

Palabras clave: Vida Religiosa, Pandemia, Pablo, Cartas a los Corintios.

Introducción

Repentinamente llegó el Covid-19 y de un solo tajo destapó todas nuestras fragilidades económicas, sociales, psicológicas y políticas. Los pilares sobre los cuales se venía construyendo nuestra sociedad comenzaron a mostrarse insuficientes para proteger la vida de las personas más cercanas a nuestro corazón. Cambiaron las prioridades y comenzó a reinar la incertidumbre. El Covid-19 nos hizo “descender al subsuelo” en el que lo realmente importante es lo hasta ahora ignorado, supuesto o minusvalorado. Pero ese es el lugar desde donde se aprecia mejor la insuperable capacidad de la solidaridad, de la interdependencia y de la bondad.

Será necesaria, entonces, una profunda transformación de paradigmas y de formas de existir. Esas transformaciones tendrán que avanzar hasta privilegiar el conocimiento científico sobre la aidez política, superar la escandalosa concentración de riqueza y tomar medidas que impidan la catástrofe ecológica. Esta pandemia nos dejará grandes lecciones que introducirán cambios fundamentales en

diversos órdenes. ¿En qué medida esos cambios tocarán a la Vida Religiosa y a la Iglesia? Y, sobre todo, ¿cuál ha de ser la razón última y al mismo tiempo el paradigma que mueva los cambios en la Iglesia y en la Vida Religiosa?

1. Pablo y la comunidad de Corinto

Es innegable la enorme importancia que le dio Pablo a la fundación y conformación de las primeras iglesias de la península asiática, y su incidencia en la configuración del cristianismo posterior. Una de las comunidades del cristianismo original que mejor conocemos es la de Corinto; en gran medida gracias al intercambio epistolar entre esta y el apóstol. La ciudad era un puerto que desarrollaba una importante función de enlace entre los distintos extremos de la Grecia antigua. Desde mucho tiempo antes tenía ya reputación de inmoral y en el siglo primero se caracterizaba por el sincretismo cultural y religioso. Los hallazgos arqueológicos han reportado signos inequívocos de lujo y riqueza, pero también la existencia de estratos sociales pobres y oprimidos, en particular esclavos y trabajadores portuarios. Por supuesto entre estos dos extremos estaba la clase “media” de los artesanos y de los trabajadores de la administración pública.

Pablo llegó allí en torno al año 51 y se puso a trabajar como artesano (Hech 18,1-3); fue entonces cuando surgió una asamblea de creyentes en Cristo. Desarrolló su trabajo inicialmente con Aquila y Prisca, tiempo durante el cual predicó en la sinagoga; después vivirá con Ticio Justo. Pero su misión fue la de predicar a los gentiles. De acuerdo con los datos de las cartas, la comunidad era viva y a la vez difícil. En 1Cor 1, 26-29 se sugiere que la mayoría pertenecía a los estratos más bajos de la población. Las tensiones vinieron de la minoría más culta que determinó la marcha de la comunidad, pues tenían concepciones “claras” (de sabios) y unas prácticas sociales plenamente inmersas en las costumbres de la sociedad civil. Las cartas que conservamos brindan respuestas apasionadas y concretas a las situaciones históricas de la comunidad.

2. La paradoja de la cruz: clave de discernimiento

A partir de las necesidades de la comunidad, Pablo hace unas reflexiones teológicas más amplias que iluminan la vida de los creyentes de todos los tiempos y también de la Iglesia del Coronavirus. Comienza exponiendo en 1,17-25 el núcleo de su predicación: el escandaloso hecho histórico de la Cruz, en el cual se revela de modo paradójico la fuerza y el poder de nuestro Dios. “La predicación de la cruz es una locura para los que se pierden, pero para los que se salvan –para nosotras/os- es fuerza de Dios” (1Cor 1,18). La palabra de la cruz pone en evidencia que el ser humano tiene dos opciones en las que se juega el sentido de su vida: la propuesta del Padre encarnada en Cristo Crucificado o centrarse en sí mismo, en las posibilidades del propio pensamiento y de la propia capacidad autosuficiente. La propuesta del Padre pasa por la entrega generosa de su Hijo que culmina en la donación de la Cruz. Pero, paradójicamente, allí donde todo es debilidad, impotencia, ignorancia, Dios por la cruz de su Hijo se revela fuerte y salvador.

El mensaje de la cruz es la fuente de la verdadera sabiduría cristiana. Ese mensaje tiene por centro al Crucificado; en el evento culminante de la muerte de Jesús se revela con toda claridad el deseo divino de salvar a la humanidad. Por eso el punto de partida de la argumentación de Pablo es el anuncio del kerigma cristiano. Y al inicio del mensaje cristiano no hay una demostración racional ni una ideología, sino una persona que sufre el escándalo de una muerte vergonzosa. Es tanto el escándalo causado por el hecho de que el Hijo de Dios muera de esa forma, que en esta perícopa no hay ni la más mínima alusión a la resurrección del Señor. Y es que el acontecimiento que exige una decisión de parte de hombre es precisamente el escándalo de la muerte de Jesús en la cruz.

Pero Pablo no se detiene en la consideración sobre el acontecimiento de Cristo Crucificado. Está convencido de que la paradoja de la cruz no se limita a Jesús, sino que invade la existencia de cada cristiano; es decir, la permanencia del crucificado en la historia se prolonga a través de la vida de los creyentes y de la Iglesia. El cristiano es testigo de una oferta hecha a toda la humanidad; por eso la fe cristiana traspasa el umbral de lo privado. La oferta salvífica del Padre pasa por la cruz del rechazo y la donación, la dos a una. Por ello, la palabra de la cruz se constituye para la comunidad de creyentes en la clave para discernir las manifestaciones y los niveles del dolor humano.

En la crisis por la cual pasa la humanidad, la paradoja de la cruz le ayuda a la Iglesia a entender y a denunciar los falsos imaginarios, creados en estos meses. La cruz nos revela que hasta en las pandemias pesan las diferencias sociales y que estas son inocultables. La experiencia de la cruz nos ubica en el subsuelo de la historia, lugar desde donde es posible contemplar el esplendor de la solidaridad y la bondad, tantas veces oculta a quienes se preocupan por los mercados y la bolsa. Partícipe de la tribulación por la que todas/os pasamos, la Iglesia entiende que ser Iglesia en salida exige renunciar a ser maestra para adoptar la senda del discipulado interdependiente de toda la humanidad. Romper trincheras en nuestros modos de vivir y de actuar para ser los primeros cuidadores de la dignidad humana y de la fraternidad.

Si queremos hacer de esta crisis una oportunidad de conversión eclesial, deberemos ponernos en sintonía con las preocupaciones del Papa cuando insiste en la necesidad de no perder de vista en medio de la tragedia, el drama mayor que es el sufrimiento de los pobres. En la entrevista que mencionábamos en el epígrafe de estas páginas, dijo: “ver a los pobres significa devolverles la humanidad. No son cosas, no son descarte, son personas. No podemos hacer una política asistencialista como hacemos con los animales abandonados. Y muchas veces se trata a los pobres como animales abandonados. No podemos hacer una política asistencialista parcial”.

3. El mensaje de la cruz y la organización de las comunidades

Habiendo aclarado cuál es el principio que guía su vida y su predicación, Pablo saca la primera consecuencia de lo que significa haber acogido la palabra de la cruz: “Fíjense en sus asambleas, no hay entre ustedes muchos sabios según los criterios del mundo, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Al contrario, Dios eligió lo plebeyo, lo despreciable, lo que no es nada a los ojos del mundo” (1, 26-31). Aceptar el hecho de que la muerte de Jesús en la cruz era el acontecimiento que revelaba de manera más clara cómo es Dios implicaba para Pablo asumir una nueva identidad. Esa nueva identidad se expresaba de manera corporativa en la Iglesia, espacio que a su vez debía organizar todas sus jerarquías de valores de acuerdo con este nuevo principio. Dicho de otro modo, en el proyecto de Pablo, la comunidad eclesial era el espacio social en donde se hacía visible la realidad de la salvación ofrecida en la cruz de Cristo. Si Dios se había revelado de manera paradójica en un humillado, si había mostrado su capacidad de salvar en un vilipendiado, en un condenado a muerte por los poderes de este mundo, en consecuencia, quienes creían en Él debían visibilizarlo con su manera de organizarse, con el modo de relacionarse, con las dinámicas que establecían en la relación con otros grupos humanos.

De la carta se deduce que la comunidad de Corinto estaba compuesta en su mayoría por personas provenientes de los estratos sociales muy vulnerables, gente no muy pudiente ni muy cultivada. Junto con ellos estaban pocos prestigiosos, pudientes y cultivados. Lo que Pablo les plantea en 1, 26-31 puede sonar como un consejo puntual para esa comunidad en particular pero no es así pues, de acuerdo con el proyecto de Pablo, en la Iglesia debían desaparecer todas las líneas que segregaban a las personas en razón de su origen étnico, su género o su posición social: “Ya no hay distinción entre judío o no judío, entre esclavo o libre, entre varón o mujer, porque todos ustedes son uno en Cristo Jesús (Gal 3, 28). También en este texto se ve claro que la conformación de la

Iglesia con Cristo se hace real cuando esta se constituye como una comunidad no jerarquizada, patriarcal, excluyente ni elitista. El rostro de Dios se muestra de manera más evidente cuando la Iglesia se manifiesta como hermana de la humanidad, débil y vulnerable.

Por supuesto que en la comunidad debe existir una organización, si se quiere decir de ese modo, una jerarquía. Algunos piensan que el símil del cuerpo en 1Cor 12, 12-30 responde a una situación de conflicto interno entre los miembros de la comunidad. A partir de la metáfora del cuerpo humano, lo sorprendente son los criterios que Pablo usa para jerarquizar los miembros de la Iglesia: “los miembros del cuerpo que consideramos más débiles son los más necesarios, y a los que consideramos menos nobles los rodeamos con especial cuidado. También tratamos con mayor decoro a los que consideramos más indecorosos, mientras que otros miembros que son presentables no lo necesitan. Dios mismo distribuyó el cuerpo dando mayor honor a lo que era menos noble...”

Desde el punto de vista social, una organización religiosa establecida de ese modo seguramente tendría pocas posibilidades de éxito. Lo decisivo es que para Pablo la Iglesia tenía como objetivo primordial visibilizar el Dios de Jesús. No sabemos si la jerarquización afectiva coincidía totalmente con los roles administrativos en la comunidad; en cambio sí queda más claro cuáles habían de ser los criterios de jerarquización y que estos debían nacer exclusivamente del deseo de fidelidad al Padre de Jesús.

La crisis de la pandemia ofrece una oportunidad para volvernos al Dios del Reino y asumir como nuestro su modo de obrar. Si nos empeñamos en continuar manteniendo vigentes nuestras viejas maneras de concebirnos y relacionarnos, habremos perdido este kairós. Liturgias sin comunidad alimentan el imaginario de un pastor como mediador virtual pero poco real. Reducirse a la comunión espiritual conduce al ayuno real de lo que alimenta la fe. Hemos de mostrar que la solidaridad efectiva no se puede ejercer desde posiciones de poder. Las religiosas, religiosos y sacerdotes que han resultado infectados por su servicio pastoral señalan la ruta del servicio real. Es la Iglesia en salida, afectada e involucrada con los cuerpos heridos y para la cual aliviar el dolor humano se constituye en el imperativo mayor.

Estamos viviendo la que es tal vez la mejor oportunidad para tomarnos en serio la renovación ministerial. La pandemia echó por tierra nuestra preocupación por la escasez de ministros ordenados. Es posible que en algunas diócesis el elevado número de presbíteros se esté constituyendo en una carga económica para la comunidad eclesial. Bienvenido en esta hora el florecimiento de nuevos ministerios y su reconocimiento eclesial. Es el momento de fortalecer las comunidades de base y los pequeños grupos que siguen alimentándose con la Palabra de Dios y con las oraciones del pueblo. Y, ¿no será que el Espíritu nos está llamando a seguir dialogando sobre los ministerios femeninos?

4. El tesoro en las vasijas de barro

“La palabra de Dios se extendía, el número de discípulos se multiplicaba en gran medida en Jerusalén, y muchos sacerdotes aceptaban la fe” (Hech 6, 7). Afirmaciones como estas obedecen a la intención del autor y han incidido en la conformación del imaginario de una Iglesia victoriosa desde el primer momento. Esa no fue la realidad que vivió Pablo. Su experiencia como predicador perseguido, la cantidad de problemas que vivían las comunidades que él iba fundando, las discusiones que suscitaba su autoridad y hasta los problemas de salud que le aquejaban significaron para él duras lecciones que supo aprovechar para exponer la fuerza del mensaje de la Cruz.

Esta vez la respuesta de Pablo es aplicable tanto a la vida del predicador como a la de la Iglesia en su conjunto: “llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que todos vean que una fuerza tan

extraordinaria procede de Dios y no de nosotros” (2Cor 4,7). La metáfora de la vasija de barro deja en claro que el contenido de la predicación es más importante que el continente, es decir, el predicador. Su propia experiencia “crucificada” ejemplifica que el ministerio de la predicación no puede pretender para sus ministros, nada diferente de lo que vivió y padeció su Señor. Como el mismo Jesús, el apóstol lleva en su propio cuerpo esta paradoja de muerte y vida, de derrota que se convierte en triunfo: “por todas partes llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo” (2Cor 4,10).

La debilidad, la torpeza, los sufrimientos, son presentados como la situación idónea para testimoniar la fuerza que encierra la Palabra de la Cruz. Así como la humillación de Jesús en la Cruz fue el modo como Dios se mostró como plenitud de amor, de perdón y de redención, ahora la fragilidad del predicador se constituye en el signo más elocuente que hace visible la actuación salvadora del Señor. La cruz en la vida del apóstol es la marca más clara de su fidelidad porque el Dios revelado en la cruz no actúa imponiéndose, ni forzando, ni avasallando. El hombre de la cruz está roto, despedazado, como la vasija de barro. Pero es la epifanía más clara de la fuerza de la vida que viene del Padre. A los ojos de Pablo sería contradictorio emplear las estrategias del poder que domina y oprime (los poderes que llevaron a la cruz a Jesús) para proclamar el kerigma de la salvación.

El argumento vale también para la Iglesia. No es una estrategia publicitaria que el obispo de Roma pida que oren por él o que de vez en cuando mencione sus propias fragilidades. Una Iglesia vulnerable, que se reconoce necesitada de reconciliación, que no teme mostrarse impotente e incapaz, que no teme ser descalificada por su compromiso con los pobres, que no se avergüenza ante el desprecio que le puede significar tocar las llagas de la humanidad herida, en suma: una Iglesia “vasija de barro”, es la señal más clara de la presencia elocuente de un Dios que da vida donde otros solo ponen muerte. La fragilidad y la impotencia de la Iglesia se convierte en signo de fidelidad a su Señor y con su cercanía a los humillados revela que “una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros”.

Cuando en amplios sectores de la Vida Religiosa y de la Iglesia siguen pesando esquemas preconciarios apegados a estructuras que ya habíamos dejado atrás porque el Espíritu nos desveló su radical inadecuación para expresar el seguimiento de Jesús es la hora de retomar con nuevo ímpetu a Pablo. Él nos sigue enseñando que cuando la Iglesia es fiel a su maestro crucificado, quebranta con natural facilidad esquemas sociales de comportamiento que conducen a la exclusión de los pequeños y a la jerarquización en favor de los poderosos.

Tomarse en serio que “los miembros más débiles son los más honorables” exige recuperar la profecía de la fraternidad y de la cercanía con los sufrientes, mantener la distancia crítica ante discursos que esconden intereses no tan ocultos. Todas nuestras órdenes, congregaciones e institutos han nacido de crisis profundas en la sociedad y en la Iglesia. La crisis provocada por la pandemia nos invita a regenerar nuestras comunidades y hacer germinar lo mejor de nuestros carismas desde la pequeñez y la minoridad. Esta es, por tanto, la hora de afirmar con nuestra plegaria y con nuestras acciones que el lugar de Dios en la historia está en las víctimas de la pandemia y en quienes les asisten.

Conclusión

La palabra que la Vida Religiosa brinda a la humanidad doliente nace de su configuración con aquel que murió en la cruz. El mensaje de la cruz se constituye en la marca que configura su servicio a las víctimas. La correspondencia de Pablo con la comunidad de Corinto resulta especialmente iluminadora en los días de la pandemia. La paradoja de la cruz ha de seguir siendo el dato que determine la configuración social de nuestras comunidades, el modo de relacionarnos con la Iglesia

y la sociedad, las distintas acciones pastorales que asumimos. Vivir con gozo nuestra propia fragilidad y vulnerabilidad nos posibilita descubrir y hacer presente la capacidad que tiene nuestro Dios de hacer florecer la vida. Puede ser la vía para vivir hoy la profecía de la esperanza, signo propio de la Vida Religiosa.

Bibliografía:

- De la Serna, Eduardo. *“Segunda carta a los Corintios” Comentario Bíblico Latinoamericano*. Estella: Verbo Divino, 2007.
- Gil Arbiol, Carlos. *Qué se sabe de... Pablo en el naciente cristianismo*. Estella: Verbo Divino, 2015.
- Lambrecht, Jan. *“1 Corintios”, Comentario Bíblico Internacional*. Estella: Verbo Divino, 1999.
- Pitta, Antonio. *Il Paradosso della Croce. Saggi di teologia paolina*. Casale Monferrato, 1998.
- Vanni, U. *“Corintios (Primera carta a los)”*, Nuevo Diccionario de Teología Bíblica. Madrid: Paulinas 1990.